

ESTADO, FASCISMO, PSICOSIS...

POR EL

DR. ARTURO ORGAZ

Consejero y Profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
en la Universidad Nacional de Córdoba

Conferencia pronunciada por el
autor en la Universidad el 9 de
Octubre de 1922.

La década que pronto terminará ha sido singularmente generosa en fenómenos sociales, extensos e intensos, cuya vinculación es fácil advertir tan pronto como se los nombra: guerra, revolución rusa, revoluciones exclusivamente políticas, sindicalismo, fascismo. Todos ellos han venido a revelar, por manera truculenta y apocalíptica, un momento crítico de la Humanidad que, si para la Historia no es "una" si ha de darse oídos a las sugerencias spenglerianas, es indiscutible unidad para el aprendizaje de lo brutal y lo heroico, de lo trágico y lo dinámico, en lo político-social.

El más reciente fenómeno particular ha sido el fascismo; es también el menos complejo. Pletórico de dramaticidad, se vincula a una de las cuestiones más interesantes de la filosofía política: la tan debatida de la crisis del Estado como entidad suprema, órgano de la coacción y fuente prístina del orden público. Esta circunstancia, sumada a la del favor con que el público ha seguido las alternativas de la erupción fascista que se manifestó en la epidermis italiana, al principio, como un estado febril heroico-romántico para alcanzar posteriormente los caracteres de una intoxicación medular; me han determinado a realizar un estudio del movimiento mussoliniano que si, en sus primeras manifestaciones, autorizó la opinión de De Falco que lo tildara de movimiento para la crónica pero no para la historia, ha logrado organizarse en un sistema a medias reflexivo de propósitos tan luego como el "movimiento" derivó hacia el "partido" que llegó a ser el único partido posible de gobierno en la península: la única fuerza de opinión o,

quizá, del sentimiento nacionalista enardecido y horrorizado por una victoria pírrica.

Aparte de las obras de Gorgolini y Migliore y de algunas correspondencias periódicas, he utilizado las publicaciones hechas sobre el asunto, por la Biblioteca de "Studi sociali", dirigida por Rodolfo Mondolfo que, con excelente acuerdo, requirió a calificados hombres de los diversos campos políticos italianos, sus puntos de vista acerca del fascismo, obteniendo respuestas de Luigi Fabbri (comunista), Adolfo Zerboglio y Dino Grandi (fascistas); Mario Missiroli (liberal); Bergamo (republicano); Zibordi (socialista oficial); de Falco (socialista independiente), etc. La visión integral del fenómeno resulta, así, posible teniéndose por extremos de referencia, de una parte, las detonantes declamaciones de los exaltados panegiristas y, de la otra, los fuertes sarcasmos de los irreconciliables detractores.

Es incuestionable que pudiera sufrirse algún espejismo; está "deviniendo" el fascismo y, para juzgarlo, se dice, haría falta que estuviera en reposo: que fuera un hecho en toda la amplitud del término, es decir, "un suceso" del pasado. Por algo, se agrega, el buho fabuloso de Minerva alzaba su vuelo recién al atardecer y no en la mitad del día... Por mi parte confieso que no es mi pretensión formular un juicio histórico, que viene a significar póstumo; sino apreciar la actualidad del movimiento y juzgarlo de presente, como un hecho de la vida política; su valor histórico podrá estimarse más tarde, a condición, empero, de que alguien me aclare suficientemente eso de "histórico", expresión vaga, difusa, elástica, bastante convencional. Lo "histórico", a veces es lo mítico y, a veces, lo palpitante de pasión lugareña y hasta familiar. Mussolini me prohibiría escribir sobre fascismo si hubiera estado a tiro de sus genialidades de vigoroso "condottiere"; lo sé bien. Tiene él tan alto concepto de "lo histórico" que, recientemente, prohibió a un periódico peninsular llevar a efecto una encuesta (o encuesta, como quiere el purista Unamuno), que se proponía establecer las condiciones o características de su inquietante personalidad. Porque, aducía el jefe fascista, ese asunto debería ser posible como expresión de juicio, recién dentro de cincuenta años, por lo menos; hoy por hoy, el propio Benito Mussolini ignora lo que es y cómo es el Hon. Benito Mussolini, jefe fascista, ex-socialista, ex-combatiente, ex-undiservable, oportuno apoyo de la corona y providencial salvador de Italia. Y si él mismo no es capaz de valorarse y caracterizarse, si él mismo se siente nebuloso "alter", ¿cómo concebir y, sobre todo, cómo tolerar que la generalidad de los ciudadanos se lancen a opinar sobre Mussolini, que, a título de bien amado o bien

temido dictador, debe mantenerse indiscutido, intangible, jupiterino, por razón patriótica?...

No es de ahora que los teóricos de la política proclaman la crisis del Estado cuyo tipo creímos realizado en las postrimerías del siglo XVIII. Adolfo Posada, en el prólogo puesto a "Las transformaciones del Estado" de Duguit, afirma que la crisis porque dicha entidad atraviesa, "se produce en la totalidad de manifestaciones en que se condensa el Estado: como idea y como hecho". En cuanto a lo primero, se discute la necesidad y eficiencia del Estado—no se olvide que hablamos del Estado liberal burgués, fruto de la Revolución francesa— no sólo por los secuaces del anarquismo y del socialismo proteiformes sino por los filósofos que, como Krause, definen un estado inexistente, ideal, neutral, que debe realizar la síntesis del interés supremo social frente y por encima del egoísmo individual o de grupo; un Estado fantástico para nuestras demoníacas mentalidades de ex-bárbaros cristianizados a golpes y dentelladas, que sólo conocemos el Estado imperialista, organización de raza, o el Estado individualista, liberalista, organización de clase. En cuanto a lo segundo, el Estado que se define como ente de la soberanía una, indivisible, inalienable, halló formidables mentís, primero en el federalismo y después, en el sindicalismo el cual, según Ramiro de Maeztu lo pregona en "La crisis del humanismo", sustituiría los ya anacrónicos principios de autoridad y libertad, por los de función y solidaridad como fundamentos del nuevo tipo de Estado que las nacientes exigencias parecen acarrear.

Se ha jactado el fascismo de propugnar una restauración del Estado sobre la quiebra del parlamentarismo y el burocratismo inservible pero el Estado fascista resulta cada vez más impracticable, cada vez más imposible, a medida que la política fascista hunde su cetro sobre el morro de las facultades extraordinarias: la dictadura nunca podrá ser sino un desgraciado y maldito período de transición; una vergonzosa página de la historia de los pueblos, llámese dictadura del proletariado a la rusa, dictadura de la aristocracia de la Patria a la italiana, dictadura militar caudillesca a la española, dictadura de la defensa nacionalista a la alemana. Pretendía el fascismo revolucionario—no el gobernante— que habría de consistir la realización novísima del Estado en la superación de la antítesis entre Estado y Nación que vendría a lograrse en la síntesis (oh, manes de Hegel!) del Estado sindical nacionalista que significara "un organismo ético, la conciencia ideal y ética de la nación". Tal propósito involucraba la liquidación de otra antítesis pues contra la sociedad individual, atómica, del libe-

ralismo desenmascarado, contra la sociedad internacional, teratológica, del socialismo impotente, se habría logrado la sociedad nacional del fascismo.

En la economía del fascismo voltean, turno a turno, Hegel con su dialéctica, Marx con su misticismo paradójico, Sorel con su método de acción directa, Mazzini con su verbo romántico-patriótico y hasta Marinetti con su futurismo concentrado en la fórmula: "Marciare, non marciare", grata a Mussolini y se comprende, sin esfuerzo, que tan opuestas inspiraciones, tan múltiples influjos, habrían de ofrecer el espectáculo maravilloso del caos que huye de sí mismo.

Los fascistas comenzaron a sentirse soldados de una causa nacional desde el año 1915: existían entonces los "fasci" de acción revolucionaria que, finalizada la guerra, habrían de llamarse "fasci" de combate y a fines de 1921 Partido Nacional Fascista. Los fascistas fueron en 1915 los agitadores de la opinión italiana en favor del intervencionismo. Hombres jóvenes, de corazón generoso y poético, de mentalidad místico-romántica-socialista deseaban la guerra como un estremecimiento lustral, como mal saludable que permitiera, en medio de los estertores y las muecas gloriosos, el resurgir y el consolidarse de una nueva conciencia, de una nueva voluntad, de una nueva fe en los destinos de la estirpe "ariana y mediterránea". La creencia en las virtudes engendradoras de la guerra se nos ha enseñado inclusive en la escuela primaria cuando se nos hacía repetir lo que en los difusos epítomes se asentaba: que las invasiones inglesas nos dieron la conciencia de nuestro propio valer y de nuestra pujanza engendrando el ansia libertaria. Según los fascistas del período prebélico, la intervención de Italia del lado de la Entente no era por ellos concebida como una necesidad militarista sino como la más alta realización revolucionaria, como "una mística palingenesia nacional y humana". La guerra debería ser, según la ilusión fascista, el vehículo de una nueva Italia cuyo trípode ideal sería: libertad, trabajo, jerarquía o disciplina mazziniana. La guerra, por consiguiente, crearía las condiciones favorables a la visión fascista. Tal vez los nacionalistas italianos sabían el aforismo de Blanqui: "No se crea un movimiento: se lo deriva"; y, marxistas al fin, aunque voluntaristas, recordaban la preocupación contenida en el Manifiesto, de realizar la restitución del hombre y de la humanidad en un Renacimiento cívico, desde el fondo del desconcierto provocado por el máximo de dolor, opresión y miseria colectivos... Tan curioso sentido del *mal deseable* se reafirma, después del armisticio, por el Hon. Dino Grandi: "Cuando se considera — dice — el fascismo

prescindiendo por un momento del período de excepción ya superado y de la inevitable escoria a él adherida por la lucha antisocialista — hechos muy explicables y perdonables en un fenómeno de tal magnitud y complejidad—, aparece como la voluntad inteligente y unánime del pueblo que ha salido de la guerra con la clara conciencia no sólo de su madurez para el gobierno del Estado, sino además, de su unidad espiritual y nacional”.

La inmensa mayoría de la gente habla del fascismo, comenta su vida episódica en el sucederse de los telegramas periodísticos, a veces se siente contagiada por un furor patrioteril... pero ignora qué es el fascismo. Ya el nombre, descubre su base místico-sentimental. En la antigua Roma los lictores eran funcionarios que precedían a las autoridades (dictador, cónsul, etc.) portando sobre los hombros el “fascio littorio”, haz de varas terminado en una segur, con que se simbolizaba la autoridad, el poder, la majestad del mando. Los fascistas, merced a la adopción del “fascio” como emblema, pretendían ser los verdaderos depositarios de la autoridad y el poder de la nueva Italia surgida, a la vez niña y mujer; del Vittorio Véneto; y del mismo modo que al oído del vacilante Kerensky resonó en la Rusia roja de 1917 el grito de: “Todo el poder a los soviets!”, en la Italia extenuada pero delirante de Nitti, Giolitti y Facta se escuchó el grito de: “Todo el poder a los “fasci”...!” La revuelta fascista se proclamó a sí misma sacrosanta porque supo defenderse con las grandes palabras: el orden, la patria, la italianidad... La táctica no es nueva: cuando los rebeldes de 1792 explicaban su conducta, decían no ser rebeldes porque defendían la Patria y la libertad: los rebeldes estaban en las Tullerías. Entonces y ahora, pues, poder legítimo.

Durante la guerra, y con mucha mayor razón en los días subsiguientes al armisticio, la acción socialista, inspirada en el mito ruso, había pretendido forzar el ritmo del tiempo con una formidable ofensiva anti-burguesa y anti-italiana, de base derrotista y terrorista, prometiendo un drama épico, una epopeya proletaria, que alcanzó sólo a sainete, con la ocupación de las fábricas por los metalúrgicos bajo el gobierno a medias aterrado, a medias demagógico y escéptico, de Giolitti. El fantasma bolshevique agitaba sus brazos incendiarios dentro de la península; muchas comunas eran pasto socialista; en no pocas ciudades la enseña soviética había sustituido a la tricolor del Carso, del Grappa, del Piave, de Vittorio Véneto, de la “italianitá”; en la propaganda escrita y verbal el comunismo se exhibía omnipotente y airado, en trance de profetismo agudo; Lenin y Moscú eran conjuros supremos; el sabotage y la violencia se practicaban bajo el gesto indiferente de la fuer-

za pública; con fiereza brutal se proclamaba el fracaso de la guerra en la que no se veía sino una forma, por otra parte clásica, de la expansión y la avidez capitalistas prestas a sacrificar a los pueblos cuyas patrias sólo les brindaban la realidad insufrible de la miseria, de la injusticia y del trabajo envilecedor...

El pueblo a quien se había hecho entender, por la prédica intervencionista, que la guerra victoriosa debería proporcionar a Italia, con las nuevas glorias militares, nueva vida plena de armonía y de bonanza; los ex-combatientes que durante tres terribles años habían vivido en las crueles trincheras alpinas, conociendo todos los sinsabores y alimentando todas las esperanzas; creyendo, hora por hora, con su sacrificio, anónimo o condecorado, contribuir a la defensa de la estirpe amenazada en su total expresión político-económica-histórica por los vándalos de la civilización; todos, se vieron defraudados: Italia era presa del frenesí bolshevi que cuyas contorsiones espantables amenazaban aniquilar el acervo de idealismo renovador, de fe en una nueva existencia nacional, que, en medio de la rabiosa angustia bélica, había aparecido al espíritu abnegado del país como una meta de compensación forzosa.

En determinado momento la desesperación provocada por la posible "desvalorización" de la victoria asumió dos típicas expresiones: una externa, fiumenismo o d'annunzianismo; otra interna: fascismo. Este último—aduce Zerboglio—fué, en síntesis, "el producto de la rebelión moral contra la atroz denigración y menosprecio de la guerra y de la victoria", provocada por la prepotencia socialista que amenazaba de disolución a Italia. Compréndese que semejante rebelión o reacción no necesitó ser incitada por las vías de la razón; tratábase de una cuestión de sentimiento; tratábase de un reflejo traductor de un estado ideo-emotivo de la psiquis italiana, consecutivo a la afrenta inferida a los sacrificios y sufrimientos exigidos por la defensa de la Nación, consecutivo también a la profunda subversión económica traducida en crisis de producción, depreciación de la moneda, desocupación derivada de las economías impuestas por las nuevas condiciones y por la desmovilización de los ex-combatientes; todo lo cual haciendo vibrar nuevamente, aunque con motivo diverso, el sistema biofiláctico colectivo, impuso la permanencia del sentido de la aventura, del desprecio del peligro, del "arditismo" para limpiar de enemigos el hogar común infestado por el materialismo de clase, porque — para emplear la expresión bellamente romántica del caso — el fascismo era un espasmo juvenil, "el ideal de la juventud italiana y la vuelta de la poesía del espíritu contra el asfixiante materialismo".

Las revoluciones son movimientos orgánicos que si atraviesan

un primer trance negativo, es para hacer posible la obra de renovación más o menos reducida de antemano a un programa a lo menos en la mente de los directores o caudillos: el fascismo, en su primera hora, lo repito, fué una reacción refleja y, queda dicho, totalmente negativa, sin finalidad progresiva pues que todo su empeño fincaba en oponer la violencia de los guardias de Italia a la violencia de los guardias rojas, mediante expediciones punitivas, paseos de sangre y hierro cumplidos garrotes en mano entre aullidos y gritos más o menos patrióticos.

Frente al odio rebasado y ululante de los proletarios que se agotaban en jornadas de estéril revolucionarismo, dos sentimientos trabajaban secretamente el espíritu italiano antes de la ofensiva fascista: el miedo burgués por la revolución bolshevique a que prestaba justificación la cobardía e incapacidad de la clase gobernante; y el rencor nacionalista contra toda expresión de enardecimiento proletario en que se creía ver una prueba de la traición moscovita que habría esterilizado, merced a un inícuo sabotaje, la realidad de la victoria. Ambos sentimientos se sofocaban: el primero en enrarecido ambiente de congojosa espectación; el segundo, en doloroso circuito de prudencia vigilante. Fracasada la ocupación de las fábricas, el proletariado, altanero y formidable de la víspera, experimentó un tremendo desengaño; el coloso tenía piés de barro o cerebro de estopa! La gimnasia había atrofiado la conciencia de clase en vez de perfeccionarla! Sobrevino la crisis en el socialismo y el partido se dividió el honor de la propia derrota, consumando su crisis. El peligro bolshevique, según se advierte, pasaba a la categoría de fracaso histórico de la capacidad revolucionaria del proletariado. Se vió, entonces, que el país quedaba a merced del acaso: los proletarios habían jugado su última carta; el Gobierno era un cadáver putrefacto. Aquellos sentimientos recónditos estallaron; era el momento psicológico del desahogo. Las líneas quedaron tendidas: fascismo y socialismo. La Corona, en lo alto, simbolizaba la unidad de la patria, porque así como el creyente inferior necesita ver malamente objetivada la divinidad o sus intermediarios de la monarquía celestial, el pueblo, todo pueblo monárquico, misonéista y fetichista por necesidad, no concibe la patria sin el Rey especie de núcleo muerto de la célula nacional.

Desde el instante mismo en que las huestes de Mussolini se lanzaron contra los maltrechos socialistas el fascismo creció hasta lo gigantesco: no era un desarrollo por expansión de convicciones; era una enorme hinchazón provocada por todos los fermentos de la desorbitada psiquis italiana de la post-guerra. Cabían en él la ju-

ventud idealista y ardorosa y el burgués tozudo, parásito y obtuso, el “pescicane”... Todas las ideas, todos los apetitos, todas las pasiones, todos los furores se concitaron en una amalgama fanática, en una falanje histórica que, como ola infernal, asaltó, asesinó, vejó, invadió y evacuó ciudades, ganó bancas parlamentarias, reconquistó municipios de manos socialistas, gritó proclamas frenéticas, delirantes, huecas y sonoras como campanas que el huracán tañe... La falta de plan, el paradojismo, el exceso, la impulsividad brutal, la injusticia, la contradicción flagrante, el mesianismo, la acción casi sobrenatural de un “meneur” como Mussolini a quien las muchedumbres enloquecidas endiosan, adulan, aclaman como a un salvador, como a un iluminado, como a un superhombre o como a un héroe homérico, caracterizan los movimientos a que la psicología colectiva da el nombre de “psicosis” o epidemias psíquicas. Pascual Rossi se refiere a ellas en estas genéricas pero expresivas palabras: “El mundo se ha tornado, pues, triste y desasosegado, lo que no ocurría antaño; precisamente, porque el alma humana se ha hecho más sensible, más hiperestésica. Las impresiones externas antaño encontraban atenuación en el sistema nervioso que las reflejaba; ahora, al reflejarse en éste, se agigantan por lo que el dolor social—realidad verdadera pero menor que el dolor antiguo—en nuestros nervios, en nuestras psiquis, se eleva a la enésima potencia convirtiéndose, antes que en un dolor material, en un gran dolor moral y, como siempre ocurre, acompáñase de una gran ansiedad, de la necesidad de un mesías, y cuando alguno pretende haber encontrado el remedio de tal dolor humano, cediendo él, primero que nadie, a una sugestión del ambiente, los demás le aclaman y le siguen; por lo que, hoy, las epidemias psíquicas nacen, por una parte, como en todos los tiempos, de una estrechez mental, y de un desequilibrio pasional, y de otra, de un gran dolor humano que nos rodea”.

Las epidemias psíquicas medioevales eran de tipo religioso preferentemente (Cruzadas) aunque también se conocieron algunas de carácter social (Jacqueries, revueltas serviles, etc.). Las epidemias psíquicas de la época contemporánea son de tipo político-económico. La psiquis italiana—como, en general, la de los pueblos latinos—es propicio terreno para tales formas ideo-emotivas del espíritu colectivo. El misticismo, el mesianismo, el romanticismo, son caracteres del alma latina que la guerra ha agudizado de modo peligroso: hay que leer las páginas ardientes, férvidas, de un nerviosismo jacobino, de la “élite” fascista para admirar cuánta pasión, sin duda noble, pero sin control y sin brújula o sea refleja, se vuelca en ellas para hablar al sentimiento y no a la ra-

zón; hay que conocer el fanatismo rayano en superchería de tipo rigurosamente medioeval, con que el pueblo fascista adora a Mussolini cuya sola presencia—decían con toda seriedad los periódicos—hizo renacer la serenidad y la confianza de que cesaría la calamidad sísmica que afligió a cierta región de Italia recientemente; debe saberse que los habitantes del pueblo natal de Mussolini se aprestan a obsequiarle un castillo feudal que será el orgullo y la admiración de Italia, para entender cuánto de grotesco misoneísmo hay en el intento de completar, con la complicidad de la arquitectura, la personalidad autocrática de un ídolo; hay que saber que Mussolini, con su ministro el filósofo ex-liberal Gentile, confundiendo cristianismo con catolicismo e Iglesia con Escuela, y olvidando la norma mazziniana que separa del Estado toda expresión confesional, ha hecho entronizar en las aulas italianas el Cristo crucificado, pero no el Cristo del amor, el Cristo del ideal firme y revolucionario, no el Cristo que detestó a los mercaderes y unió su destino a los humildes y a los abyectos del mundo; no el Cristo manso de corazón y fiero de fe que no necesita ser materializado ni meterse por los ojos; sino el Cristo mercenario de la Iglesia que apoyó todas las tiranías, que absolvió a Constantino, que bendijo las armas homicidas en todas las guerras, que encendió las hogueras de la Inquisición, que embruteció a los pueblos con el miedo al Dios vengador que, como el “pater” de la tradición, tiene un alfeñique en una mano y un rebenque en la otra; que olvidó la templanza, la mansedumbre y el trascendentismo, para empeñar guerra con el poder civil por la posesión del cetro terrenal, que hizo de la fe una industria, del espíritu una mercancía y del ideal un saco; que se prosternó ante el fuerte y abandonó en su desesperación al débil... Porque el Cristo, como símbolo de la entereza moral y de la vida luminosa, no pertenece al catolicismo y no necesita tallarse en la infeliz madera del culto: los niños de las escuelas italianas no deben ser embrutecidos con el fetiche, deben ser aleccionados con una ética laica, expresión sintética de las vidas fecundas en rebeldías de todos los hombres que merecieron el tormento o la ignominia de sus contemporáneos porque fueron los héroes del bien y de la verdad; quede el Cristo de madera, de faz contrahecha, de flanco sangrante, bendecido por la liturgia convencional, el Cristo que pide limosnas, que exige cirios, comuniones y necias renunciaciones, el Cristo flaco de los frailes gordos, para la inferior mentalidad de las turbas feligresas que, para malentender algo, necesitan ver, tocar, oler o gustar por que no tienen otras armas que sus sentidos... Pero yo no puedo pensar que los niños de las escuelas italianas, necesiten “ver” un Cristo para amar al Cristo

bueno, grande y eterno de la leyenda del que tienen algo, un poco, todos los héroes y aun nosotros, todos los hombres, en los supremos instantes en que sabemos superar la miseria de nuestra carne para lanzar el espíritu, con fuerza de mil futuros, hacia el ideal que es doloroso y amargo como los clavos y la hiel del Calvario... Hay que saber la ingenua "fe de carbonero" de un D'Annunzio que atribuye el éxito de su expedición a Cattaro a la protección de San Francisco, patrono. Hay, en fin, que meditar las crónicas de la vida italiana de estos últimos tres años para no maravillarse y convencerse de que el fascismo, hoy transfigurado en partido gobernante, empezó siendo nada más que una actitud, un movimiento reflejo que no ha logrado, tan fuerte es su raíz emotiva o sentimental, formular un programa más o menos coordinado para incorporarse a la vida política, agotándose en la paradoja y las ampulosas vaguedades que tanto deben sobrecoger al espíritu libre porque son anuncios de un estado morbosos de la psiquis colectiva que, habiendo engendrado un "meneur" o "condottiere", no se satisface hasta verlo alcanzar la radiosa cumbre de la dictadura. Que el fascismo nació como simple reacción defensiva o como una contra-revolución preventiva, lo han reconocido sus propios secuaces. Hegelianos ágiles creían que el bolsheviquismo italiano había sido una estratagema o astucia de la Razón, pues que contenía en sí mismo, como posibilidad de antítesis, en forma larval o potencial, al fascismo por ser aquél "disolvencia" y éste "orden, jerarquía". Pero se equivocan quienes proclaman al fascismo vencedor del bolsheviquismo en Italia: el fascismo no impidió el triunfo del comunismo pues que asumió la ofensiva después del descalabro proletario. Los fascistas, como buenos hegelianos, creen en la fatalidad de la Historia y no se atreven a sostener que el fascismo haya cambiado su curso. Porque — explica Gorgolini — "sabemos muy bien que ninguna fuerza humana puede detener la marcha fatal de los acontecimientos dignos por su grandeza de pasar a la Historia"; todo lo más, el fascismo empuñó el "fascio" caído de las manos del cónsul Giolitti y que no supieron tomar los cónsules del proletariado; lo empuñó con violencia sacrosanta a estar a los conceptos oportunistas que son la vida misma del fascismo. A quienes acusan al fascismo de ser una "monstruosa supervivencia de la guerra", responden con encantadora firmeza de maquiavelos: "Nosotros afirmamos que la violencia fascista en sí y por sí no existe ni ha existido nunca. No hay acciones morales o inmorales catalogadas o catalogables; por consiguiente, no hay acciones morales o inmorales, toda vez que la moralidad reside en nosotros mismos, en nuestra voluntad, en nuestra profunda conciencia. Y

si matar es inmoral, no matar puede ser tan inmoral, si no más''. El hombre es la medida de la moral!... Lo que es útil es moral! Conclusiones temibles.

Al constituirse en el año 1919, el fascismo aprobó lo que dió en llamarse "Orientaciones teóricas y postulados prácticos del fascismo". Una declaración sentimental y patriótica promete luchar por las reivindicaciones materiales y morales en favor de los ex-combatientes. Una segunda declaración de orden político-nacionalista proclama el desconocimiento de todo imperialismo político, nacional o internacional y el reconocimiento de la Sociedad de las Naciones en cuanto presupone integración de las nacionalidades lo que haría que Italia reivindicase Fiume y Dalmacia. Una tercera declaración de orden técnico-electoral impone a los fascistas la obligación de sabotar, por todos los medios, las candidaturas de cuantos habían defendido la neutralidad en el seno de todos los partidos.

Es desconcertante la vaguedad de principios de la corriente fascista. En materia de régimen político, se declara que el fascismo sostendrá todo aquél que esté subordinado a los intereses morales y materiales de Italia entendida en su realidad y devenir histórico, contra la burguesía parasitaria falta de valor y de patriotismo. Cabía ahí todo: monarquía, república, constitucionalismo y... dictadura. Relativamente al problema económico, el fascismo—se decía—estará con la forma de organización de la producción que—sea individualista, colectivista o de otro tipo—garantice el máximo de bienestar y el máximo de producción. El perogrullismo en política no habría hallado fórmula más cautivante ni más inocua. Por lo que hace al movimiento obrero, el fascismo, vestido de sirena, declara que simpatiza con los obreros que armonizan la defensa de la clase con el interés de la Nación, debiendo en sus luchas recurrir a los medios que "aseguren el desenvolvimiento de la colectividad y el bienestar de los productores en particular". Según el fascismo, por fin, había que defender la última guerra nacional obteniendo la valorización de la victoria y oponiendo tenaz resistencia a las degeneraciones teóricas y prácticas del "socialismo politicante".

Tamaños lugares comunes reducidos a dogmas revolucionarios servirían de tapa-rabos a todas las demasías, seducirían a todos los incautos, acarrearían la quiebra de todos los partidos, permitirían suprimir todas las antítesis, para realizar la unanimidad moral que sólo es posible cuando ha sucumbido, bajo el peso de una confusión pavorosa, la conciencia pública; unanimidad lograda por la

síntesis precaria de la sinceridad de los menos con la cobardía, la estulticia y la ignorancia de los más.

El fascismo, es dictadura, es chauvinismo, es oportunismo y, también en cierto modo según lo demostraré, imperialismo enfermizo de hegemonía histórica. Que el fascismo es dictadura, se advierte desde el primer instante: Mussolini es el arquetipo del "condottiere" cuya voluntad es como divino ariete que todo lo abate. Mientras fué sólo jefe de partido ofició de supremo dictador; ejercería sobre sus secuaces "un extraordinario magnetismo personal". Dice Gorgolini, muy ufano: "Mussolini no sólo no se aconseja nunca ni aun de sus redactores o de los miembros del Comité Central de los "Fasci", sino que, cuando concibe un proyecto, lo lleva adelante él solo aunque se hunda el mundo. Semejante seguridad en sí mismo inspira confianza a los demás... El jefe del fascismo nacional posee, por otra parte, una seguridad de juicio y una amplitud de visión que le permiten trabajar conjuntamente con un gran número de colaboradores que se sienten dominados sin reservas por su personalidad y por su seducción. Autoritario, a menudo egocéntrico, con la mirada fija en un fin perfectamente definido, avanza sin piedad hasta que lo ha conseguido". Se puede admirar la energía del hombre de acción, se puede estudiar su interesante personalidad, se puede esperar de él grandes empeños, pero no llegar hasta la confesión del servilismo, hasta la exaltación del demiurgo. ¿O es, que, malgrado todas las alharacas de civilización y libertad, apenas nos abandonamos a la veneración aparece en nosotros el salvaje que necesita humillarse ante su propia sombra revestida, por su propia cobardía, por su propia imbecibilidad, de sobrenaturales gracias? ¿O es que, al fin, deberemos confesar que unos hombres han nacido para mandar y otros para estar sometidos y obedecer, como sostenía Aristóteles?... Seguiremos sosteniendo la extinción de la servidumbre como necesidad así sea transitoria en política?..

Ya en el poder Mussolini sigue, con mayor esplendor y sugestión internacional, ejercitando la dictadura. Lanza proclamas, realiza giras triunfales, revista a los "camisas negras", preside el Supremo Consejo de los "Fasci", amordaza a la prensa antifascista, decreta reformas con prescindencia del nominal Gabinete, subyuga al Parlamento, tonifica a la Corona; en nombre del orden y de la patria, palabras que no caen de los labios de los dictadores y tiranos, produce actos opresivos, parciales, "fascistas", usando a placer las facultades extraordinarias para mantener dividido el país entre "los suyos" y "los réprobos y traidores". En estos días se viene divulgando por la prensa los detalles de la hon-

da crisis fascista, hecho por otra parte previsible atenta la singular mezcla de hombres y opiniones que, en inmensa mayoría, nutrieron el fascismo de miras particularistas. No importa—exclama la opinión italiana subyugada—nos queda Mussolini; podrá desaparecer el fascismo pero seguirá, como indispensable sucedáneo, el mussolinismo. Qué será el mussolinismo? Lo que al presente es el fascismo: Quod placuit principi Mussolini...

Que el fascismo es oportunismo, ya ha quedado de manifiesto con el enunciado de sus bases teóricas y prácticas. Podemos, para reafirmarnos en esa opinión, leer las palabras de Mussolini en el "Popolo d' Italia del 23 de marzo de 1921: "Nosotros—ruge—nos permitimos el lujo de superar aquellas antítesis en que se encierran los otros... Nos permitimos el lujo de ser aristocráticos y democráticos, conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios, legalistas y antilegalistas, según las circunstancias de tiempo, de lugar y de ambiente, es decir, de historia dentro de las cuales estamos constreñidos a vivir y a obrar".

Prevalentemente agrario en Ferrara y Emilia, nacionalista y conservador en el Véneto, irredentista y antieslavista en la Julia y el Trentino, poético-estudiantil en Florencia, chauvinista "románísimo" en Roma; aquí monárquico, allí republicano; tan pronto sindicalista, tan pronto individualista; ora masónico, ora clerical, mazziniano-garibaldino como romano-católico; ha sido y es una proteiforme pasión desencadenada, sin duda, por las "especiales condiciones económicas, políticas y morales de la nación", a que aludía Claudio Treves.

El oportunismo fascista ha dado base a los socialistas de los diversos matices para lanzar su acusación. Dice De Falco, socialista independiente: "no es (el fascismo) un movimiento histórico que pueda reclamar ciudadanía en la crítica histórica; es, apenas, una milicia nada desinteresada, por cierto, a disposición de una clase contra otra; es un movimiento conservador, reflejo de intereses conservadores que pretenden darse vida autónoma mediante esfuerzos inauditos para la elaboración de un programa que no llega a formular". Insistiendo en el mismo punto de vista aduce Zibordi, socialista oficial o del P. U. S. (Partito Ufficiale Socialista), *pus*, llamado con toda intención por los fascistas: "vineuló (el fascismo) contra el proletariado socialista, la creciente y fría hostilidad de la auténtica burguesía y la fanática y aberrante aversión de grupos de la clase media que, magullados por la crisis de la post-guerra, se revuelven y vuelcan sobre el proletariado en vez de hacerlo sobre la clase o, mejor dicho, sobre el régimen social dominante, todos los fermentos y rencores de su disgusto"

Que el fascismo es, a su modo, imperialista es fácil comprobarlo y tal carácter tiene particular importancia para los países de América, el nuestro sobre todo. Es posible que, a diferencia del imperialismo teutón, no participe el fascismo, por ahora, del imperialismo agresivo. Pero hay síntomas de expansión que me propongo revelar, recurriendo a fuentes fascistas y, desde luego por eso mismo, insospechables, a fin de mostrar la verdadera entraña de la prepotencia y la megalomanía fascista.

Es condición de todo organismo vivo la expansión, ha expresado Mussolini en sus artículos periodísticos. Y Seilliére aduce que “es la tendencia original de la naturaleza humana a prepararse un porvenir de descanso y de bienestar por el ejercicio racional de su fuerza”. El imperialismo implica un sistema de dominación o de expansión arbitraria. Italia, noble, grande y bella en su tradición espiritual, no ha sido, no es, imperialista. Y me place esta advertencia pues que al hablar del fascismo no hablo de la Italia milenaria sino de una Italia convulsa y desorbitada que, por cierto, no tardará mucho tiempo en recuperarse a sí misma; hablo de la Italia mussolinista que, con el fascismo, viene sufriendo un movimiento “de pasión y no de inteligencia, de acción y no de contemplación”, al decir certero de Prezzolini. Tampoco el fascismo, hay que reconocerlo, se confiesa imperialista; al contrario, protesta, con energía, contra todo imperialismo. Sin embargo, defiende y propugna el imperialismo político (sin base militar ni económica visible) en nombre de una pretendida misión civilizadora reservada a la italianidad, con palabras análogas, si bien discretas, a las de Von Bernhardi, el insolente exaltador de la misión providencial de Alemania.

Oigamos a Gorgolini, cuyo libro ha merecido el honor de un breve prólogo del “capo-fascio”: “El fascismo representa, aun fuera de Italia, el faro luminoso de la italianidad y de la patria que sabe defender contra todo el mundo”. Nótese el énfasis metafísico; lo vago: “italianidad”, lo agresivo: “contra todo el mundo”; lo expansivo: “el fascismo representa, aun fuera de Italia, el faro luminoso...” Dicho de otro modo: el fascismo no cree en el internacionalismo de tipo socialista pero sí en el internacionalismo del nacionalismo fascista; el caso resulta un poco embrollado pero no es culpa mía. O sea, en último análisis: que el fascismo reputa deberse oponer la italianidad de los italianos residentes en la Argentina, a la argentinidad; que debe mantenerse la italianidad pura, incólume, incontaminada, de los italianos residentes en Chile, Méjico, Uruguay, Perú, Francia, Inglaterra, etc. Pero me interesa particularmente la originalidad fascista desde el respecto

americano por hallarse en esta parte del mundo las nacionalidades nuevas, nutridas por el aporte inmigratorio. Somos nacionalidades jóvenes y abiertas.

Hay expresiones mucho más significativas y que, al más desprevénido, obligan a la reflexión. He aquí algunas provenientes del "Popolo d' Italia", órgano inspirado cuando no escrito por Mussolini: "En política exterior, el fascismo concibe la nación como un vivo organismo secular, milenario, que desempeña una función histórica de civilización y de progreso... Mediante una expansión debidamente entendida cumple la nación su función histórica, esto es, contribuye a la civilización y al progreso del género humano... La expansión es característica de todo organismo vivo. Debido a ella entran en contacto unos pueblos con otros colaborando así al progreso y a la civilización de la Humanidad... Los italianos en un país extranjero no deben ocuparse de ningún modo de la vida política de ese país, fuera de lo que les interese directamente. En virtud de la disciplina antes invocada, deben ser unos para otros más que amigos y compañeros, hermanos llegando a establecer esa armonía nacional que, tanto dentro como fuera de la patria, reúne a todos los ciudadanos por encima de todas las diferencias de clase y de partido".

Lo precedentemente transcrito vale como consejo para la constitución de "fasci" en el extranjero. Lo primero que ocurre preguntar es: para qué? Si se relee atentamente la exhortación mussoliniana, todo quedará aclarado: hay que conservar la italianidad, hay que formar "fasci" para reunir, en agrupación de nacionales, a los italianos residentes en el extranjero que sigan las sugerencias y vivan en contacto con la política de la madre patria; hay que vivir a medias en el país donde se hallan: el interés puede llevarlos a actuar en política mas deben hacerlo muy limitadamente tal vez, en lo municipal y, aun eso, si directamente les interesa; en suma, no interesarse intensa y totalmente por la vida del país que los ha acogido; entregarse con reservas; ser habitantes, porque así lo impone el interés egoísta de la lucha por la vida, pero mantenerse extranjeros celosos de aquella patria que, impotente para cobijar los sueños de felicidad que forjaron, los vió partir con sensación de alivio... Y toca repetir la pregunta: Para qué estos grupos nacionales dentro de otras nacionalidades?... Qué haría el Paraguay con doscientos mil italianos agrupados en "fasci"?.. Qué haría la Argentina con dos millones o poco menos de italianos que, siguiendo las sugerencias fascistas, no quisieran incorporarse, ni ellos ni sus hijos, a la total vida argentina en nombre de la "italianidad"?.. Consolémonos: las pretensiones de los

Fasci o de su "meneur", que para el caso es lo mismo, son absurdas, carecen de fuerza persuasiva porque se deben a extravíos del sentimiento nacional; Italia puede cumplir su tarea civilizadora sin universalizar el avasallador fascismo que la sofoca. Y no es mi ánimo lanzar un grito de alarma en defensa de nuestro nacionalismo, no; pretendo sólo mostrar la tendencia dominadora, expansiva en lo político, del pensamiento fascista. Sin profesar un nacionalismo xenófobo ni de secta; sintiendo vivo afecto por los extranjeros, y muy particularmente por los italianos, porque he aprendido a contener las desviaciones del sentimiento patriótico que debe conciliarse con la simpatía por los hombres "de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino"; no me preocupa el peligro fascista, en cuanto imperialismo político, como me tienen sin recelo las fantásticas creaciones de los alucinados que, a veces, confieso, pueden resultar hasta seductoras en teoría pero, a la postre, fugitivas como las volutas de humo cuyo capricho nos divierte cuando nos invade la displicencia. Han debido poner el grito en el cielo, sin embargo, todos aquellos amigos de la "paz" y el "orden" y de la más furiosa y negativa argentinidad que detestan todo "lo gringo" y, ¡oh, sarcasmo! son, a pesar de todo, "fascistas" a machimartillo y desearían para nuestra patria un Mussolini eriollo; piensan que nada mejor, para conjurar la crisis ganadera, los conflictos obreros, las conmociones estudiantiles, el desequilibrio económico, el ansia de renovación, que un gaucho malo a la europea para que todos los que cantamos el himno libertario de Mayo caigamos de hinojos ante el "salvador de la patria" que podría ser algún buen capataz de estancia con pretensiones nietzscheanas, algo así como la superposición genial de un Juan Manuel de Rozas, un Kaiser Guillermo II, un Benito Mussolini y un Primo de Rivera, porque aunque nos digamos republicanos, amantes de la libertad y anti-reaccionarios, tenemos médula doblemente servil de indios y católicos.

He insistido en lo que llamo el imperialismo político fascista a causa de que él atenta contra la estructura nacional por la incitación, hábil pero directa, a la constitución de verdaderos núcleos "inasimilables" de población en el ámbito de nuestro territorio. Representarían un novísimo sistema de expansión o penetración política peligrosa e inadmisibles por cuanto, según el plan mussoliniano, esos núcleos podrían hacer "oír su voz, mediante una razonable representación, en la vida política y social de la patria". (sic.). En buen romance: los italianos residentes en la Argentina, por ejemplo, deberían desentenderse de las cuestiones político-sociales de nuestro país pero, en cambio, deberían enviar

representantes a Italia que velen por sus intereses situados o fijados en la vida económico-política argentina!!...

He ahí, en toda su crudeza, la ridícula pretensión fascista que se propone, sin declararlo, hacer de los núcleos nacionales en el extranjero puntales de expansión económica y de penetración política. Resulta, sin duda, esta nueva forma de imperialismo preferible a la militarista pero es, de todos modos, absurda. Los países americanos y, particularmente, la Argentina reciben, año por año, el siempre oportuno y cordial aporte de hombres étnica y nacionalmente diversos. Es tarea de nuestro incipiente organismo nacional enriquecer nuestra vitalidad autóctona mediante la asimilación de los elementos traídos por el aluvión inmigratorio, asimilación en ningún caso violenta, sino fagocitosis gradual, insensible, de un doble quimismo del cerebro y del corazón; por la que puede hablarse de una nacionalidad argentina, elaborada merced a la combinación de elementos étnicos varios y puede hablarse de un pueblo como de una unidad ideal fundamental, esto es, como de algo más que una mera suma o agrupamiento de individualidades o familias dentro de un territorio. Interesa por razón vital a los pueblos americanos el aporte inmigratorio, pero a condición de significar él fuerzas generosas y leales que entran a convivir la totalidad de la vida nacional, sin abjuraciones dolorosas e innecesarias, pero con sinceridad entera y afección creciente. Nuestra hospitalidad hace del extranjero, apenas desembarcado, un hermano nuestro: le otorga hasta privilegios. Nuestro país se ofrece, a quienes fueron infortunados en sus respectivas patrias, como amplio oasis donde el inmigrante, triunfador en la lucha por la vida, puede realizar los venturosos sueños que no cupieron sino como visiones locas bajo el gris horizonte y sobre los yermos del terruño. Su suerte es nuestra propia suerte, su derecho es nuestro derecho, su libertad es nuestra propia libertad... ¿Ha de ser su vida sólo a medias argentina? ¿Ha de desentenderse de nuestros problemas? ¿Su corazón no palpitará, no se estremecerá junto con el nuestro?... Ya lo he dicho: la pretensión fascista es ridícula. La he comentado como pretensión, no como probabilidad.

Finalizando un capítulo destinado a la "eratólogía" o estudio del poder, ha expresado Maeztu que "el mundo no verá nunca el término de la tiranía ni de la libertad". Inútil, pues, que Mussolini haya hablado de "la orgía de la libertad" en que sostiene ha estado sumida la civilización para convencer a sus connacionales de la necesidad de suprimir la libertad por "el orden y la disciplina jerárquica" de la dictadura. Inútil también que cuantos como yo piensan exhiban, en toda su fealdad incivil, "la energía del poder

en libertad” que se llama, según el grado, tiranía o dictadura. Mas no será inútil afirmar que toda demasia de poder es transitoria y, por lo mismo, negativa. El fascismo ha pasado por tres períodos: el de su nacimiento como acción pasional (psicosis), el de su constitución en partido político (fase pseudo-orgánica) y el de poder oficial (fase pseudo-constructiva y, en realidad, crítica). En todo instante ha resultado: ilógico, adoctrinario, oportunista, sentimental.

Acabo de leer algunos párrafos de Giuseppe Prezzolini que son toda una corroboración leal de cuanto he venido sosteniendo: “La maza que el fascista ha escogido no es hermana siamesa de la pluma ni prima del libro. Los partidarios más entusiastas del fascismo se hallaban y se hallan todavía entre la juventud deportista, más aficionada a la sala de gimnasia, al campo de football, a las carreras de motocicletas, que a frecuentar las bibliotecas. Esto no es una crítica; no es sino un mero testimonio histórico. El fascismo es todo sentimiento, acción, amor, odio apasionado. No es ni sabio ni teórico. El fascismo ha cambiado de ideas y de programa; pero lo ha hecho sin cálculo y sin mala fe. Casi diría que si se le preguntase cómo ha podido pasar del programa de 1920 (abolición del Senado, lucha contra la Iglesia, etc.) al programa de hoy (valoración del Senado, buenas relaciones con el Vaticano, etc.), respondería probablemente que no ha cambiado”... Claro, ratifico: no se cambia una idea por otra cuando no se tiene ninguna idea en concreto. En el gobierno, el fascismo ha suprimido algunas dependencias del Gabinete pretendiendo luchar contra el burocratismo pero ha creado oficialmente la milicia nacional fascista que ya anda, borracha de gloria, por campos coloniales; se ha suprimido algunos individuos de la burocracia civil y se ha multiplicado en millares la burocracia militar. No sólo no se ha luchado contra el parlamentarismo sino que se lo ha legitimado una vez más, mientras constituye un sostén de la dictadura fascista. No sólo no se ha luchado contra la Iglesia sino que se ha realizado, por manos del fascismo, la alianza del Trono y del Altar. Un primer paso fué el retiro, impuesto por el Papa, del presbítero Sturzo de la secretaría del Partido Popular. Hace pocos días, como definitivo paso; el Papa en una alocución a un núcleo de peregrinos estudiantes, ha repetido aquello de “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, exhortando al respeto y al acatamiento del nuevo orden de cosas fascista, expresando que puesto que existe, es que Dios lo quiere; con lo que la Iglesia, conforme a su ingénita debilidad por los que mandan, arrima su hombro a Mussolini y no sólo estima que es políticamente necesario el fascismo sino que es

divinamente instituido para la salvación de Italia. Pudiera replicar al Papa actual cualquiera de los brillantes teólogos de la escuela teológico-democrática del siglo XVII, que la tiranía y su atenuación, la dictadura, son desviaciones y caricaturas hechas por los hombres del plan de armonía divina. En materia económica y cultural el fascismo gobernante no tiene pensamiento concreto alguno. En materia de política, el fascismo representa una dualidad: Mussolini es, por una parte, jefe del Gobierno y preside el nominal Consejo de Estado; por otra, sigue siendo jefe fascista y preside el Supremo Consejo de los "Fasci"; con lo cual mantiene la escisión del país en dos clases; la gobernante y la gobernada; la de "los suyos" y "los réprobos".

No he tenido otro intento, al dar forma a las ideas que desarrollé en una reciente conferencia, que mostrar al fascismo tal cual es; prevenir el peligro de un posible contagio irreflexivo que, desmintiendo nuestro tradicional horror por la dictadura, nos arrastrara a ella con menosprecio y degradación de nuestra estirpe democrática. No nos hacen falta ídolos teológicos ni políticos ni siquiera metafísicos; nos hacen falta ideales orgánicos, cívicos y humanos. No ha tenido eco la prédica fascista lanzada no hace mucho entre nosotros ni ha sugestionado a la opinión pública el movimiento peninsular. Es consolador y promisor semejante hecho. Pero debo confesar que no está mi espíritu libre de dudas acerca de nuestra firme idiosineracia cada vez que recuerdo, con un poco de tristeza y de desencanto, que nuestro pueblo ha sido y es arrastrado por verdaderos estados frenéticos y serviles tales como el "mesianismo" en política; el "bolsheviquismo" en lo social; el "botafoguismo" y el "firpismo" en lo patriótico-deportivo; el "loterismo", el "quinielismo", el "rifismo", en lo mágico-económico; el "aventurismo" en lo cultural; expresiones bastardas e inferiores del entusiasmo público al parecer predispuesto a una concepción tal de la vida que prostituye la gloria, menosprecia o malbarata la espiritualidad, desdeña o degrada la cultura, fomenta la brutalidad y el amor por lo grosero y lo bestial, con el culto de la fuerza física, del caudillismo político y deportivo y del misterio preñado de cábalas medievales del "sino" loteril. Tales estados psíquicos revelan clara decadencia y son fértiles terrenos para la simiente de todas las aberraciones político-sociales. Y valga la verdad admonitiva.